

# ***DISCURS D'AMANCIO ISLA, PADRÍ DE GÉZA ALFÖLDY***

## ***COM A HONORIS CAUSA***

Magnífic rector, distingits col·legues, senyores i senyors,

És un motiu de satisfacció personal participar en aquest acte universitari de reconeixement per part de la nostra Universitat a la trajectòria del professor Géza Alföldy. Creo que esta satisfacción es compartida no sólo por los profesores del Departamento de Historia e Historia del Arte y de la Facultad de Letras, sino también por otros docentes e investigadores de diversas universidades y del Instituto Catalán de Arqueología Clásica. No en vano, en esta sesión se honra la figura de quien ha desarrollado una larga carrera docente, que se inició en la Universidad de Budapest y, luego, entre 1970 y 1975, continuó en Bochum, para pasar después a la Universidad de Heidelberg, y de quien ha dedicado su carrera científica al estudio de la Antigüedad, concretamente a la historia de Roma. Que este homenaje se haga aquí, tras los muros de la *Colonia Iulia Urbs Triumphalis Tarraco*, no sólo es adecuado por la imponente presencia del pasado romano, sino también por la larga vinculación personal y científica del profesor Alföldy a esta ciudad.

El interés por la historia de Roma puede nacer de sentimientos tan humanos como la admiración y la curiosidad. Son los que embargaban al erudito árabe al-Himyari, que recopilaba noticias de quienes habían visto los restos romanos de Tarragona y describía sus murallas de mármol y la elevación de sus edificios o columnas, tan altos —decía— que turbaban la mente, pues le costaba imaginar cómo se habían construido. Podemos estudiar la romanidad como parte del interés que suscita nuestra propia historia cultural, en el sentido de acudir a elementos que aproximan a muchas regiones de Europa. Se trata de elementos compartidos por una pluralidad que,

en alguna medida, por esas remotas razones, se siente próxima o no ajena, en virtud de esas raíces que se hunden en el pasado y que solíamos recuperar en la enseñanza de las nuevas generaciones. Mas la historia de Roma también es para nosotros un ejemplo de realidad histórica en sí misma, que aparece y se disuelve, dejando unos testimonios suficientes y abriendo un campo de estudio magnífico para conocer procesos de toda índole.

En otro orden de cosas, la historia de Roma está profundamente vinculada a nuestra historia contemporánea. Algunos han llegado a creer que todo está ya en la historia de Roma, quizá porque los historiadores que viven el presente llevan sus preocupaciones y vivencias desde su actualidad al pasado romano. Así, no hay duda de que las reflexiones surgidas del hundimiento de la Rusia zarista alumbraron el genio de Rostovzeff al estudiar la historia socioeconómica del Imperio, o de que el ascenso del fascismo propició la visión de Ronald Syme sobre la llegada al poder de Octavio Augusto y la revolución romana. Quizás haber nacido en el extremo *limes* danubiano, cerca de Aquincum, reforzó el sentido de pertenencia del profesor Alföldy. Ahora, en un mundo que camina hacia la globalización, Roma también ofrece sugerentes ejemplos de lo que implican los contactos entre pueblos —a menudo pacíficos y otras veces no tanto—, las realidades institucionales compartidas, las economías conectadas, los problemas políticos, etc.

La tarea del historiador, sobre todo la del que se dedica a aquellos períodos en que no quedamos abrumados por multitud de documentos, pasa por recopilar cualquier tipo de fuente que permita avanzar en nuestra labor historiográfica o reforzarla. Este quehacer no es mero coleccionismo, pues exige un tratamiento minucioso de los elementos que conservamos de ese pasado y las noticias que nos suministran, para lo que se debe analizar cada brizna de información, incluidas las poco evidentes a primera

vista. Por otro lado, la Historia exige una labor de síntesis, un esfuerzo explicativo general que nos lleve a trascender conocimientos fragmentarios; implica una voluntad de hacer comprensibles los fenómenos históricos, una dinámica intelectual que integre las informaciones disponibles con una aspiración, al menos, a la totalidad. Esta doble actividad, de una manera consciente, ha sido y es la propia del profesor Alföldy a lo largo de su dilatada trayectoria como especialista del mundo romano, una trayectoria que ha dado lugar a una gran cantidad de publicaciones (unas quinientas entre libros, artículos, reseñas, notas, etc.), resultado de su extraordinaria capacidad de trabajo. Sus investigaciones se han dirigido a muy diversos campos de la historia y la historiografía sobre Roma, obras de síntesis de gran difusión, libros y artículos eruditos e introducciones y avisos de notable profundidad.

El profesor Alföldy ha mantenido una continua preocupación por la historia social de Roma; fruto de ella es la redacción de uno de los libros de iniciación a la Historia romana más difundidos de las últimas décadas, su *Historia social de Roma*, publicada en alemán en 1975 y traducida a ocho idiomas. Como él mismo señaló, se trataría de estudiar las estructuras sociales de una sociedad determinada: sus componentes sociales y cómo se articulan. No obstante, también ha mantenido cierta tendencia a destacar cómo evolucionan estas situaciones, es decir, cómo las condiciones sociales, en un momento dado, derivan de otras anteriores y, a su vez, se transforman en otras realidades.

Ha centrado su atención en diversos períodos de la historia romana, aunque confiesa cierta preferencia por el Alto Imperio. Sin embargo, también ha escrito sobre la crisis del siglo III; en este sentido, ha llamado la atención sobre algunos de los problemas que presenta ese concepto y ha destacado la importancia que deben tener en nuestra percepción del fenómeno las ideas que tenían los contemporáneos de la realidad

en que vivían. Si la idea de pesimismo recorre la historia romana, desde las postrimerías del siglo II d.C. se instaura la sensación de vivir lejos ya de la edad dorada, de aquel *tempus illud aureum*, en una situación de degradación de la vida pública y privada.

El profesor Alföldy es epigrafista. En la actualidad es, sin duda, el gran experto en las inscripciones romanas, continuador, además, de una empresa que inició en su día Theodor Mommsen con la voluntad de reunir todos los epígrafes conocidos. De hecho, estamos en deuda con el profesor Alföldy por haber llamado la atención sobre esta particular fuente que, en sus manos, ha adquirido un protagonismo decisivo para nuestro conocimiento de Roma. Los epígrafes son testimonio de la vida social romana, palabras que han quedado inscritas en la piedra, en bronce o en otros materiales, y que se refieren a muy variados aspectos de la realidad romana: la vida política y administrativa, las relaciones entre las personas y los grupos, la religión, desde los dioses inmortales a la muerte, más común, de los humanos... Estas inscripciones presentan a menudo dificultades de interpretación; de hecho, en algún caso han generado alguna polémica erudita —eruditísima— sobre múltiples aspectos, desde la propia reconstrucción o lectura de un texto hasta estratos profundos de su interpretación. En otro tiempo, los epígrafes eran entendidos como meras noticias, de las que el experto debía extraer un dato. Hoy, en buena medida gracias al esfuerzo del profesor Alföldy, los consideramos expresiones de la cultura romana, una más dentro del amplísimo elenco que produjo aquella sociedad, de manera que puede articularse con otras mediante múltiples nexos que deben ser analizados. Estas relaciones, en última instancia, deberán ayudarnos a entender mejor el objeto de nuestro análisis.

El número de epígrafes de época romana se ha multiplicado en los últimos años, por lo que su revisión y publicación se ha convertido en una tarea fundamental y también ingente, en la que el profesor Alföldy se ha implicado desde hace años, con la

puesta al día del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, la gran recopilación de las inscripciones romanas. En el desarrollo de esta tarea ha prestado especial atención a las posibilidades que nos ofrecen las nuevas herramientas telemáticas, de modo que ese extenso conjunto de fuentes pueda ser accesible a través de la red. Con este propósito fundó en 1986 los Archivos Electrónicos de la Epigrafía Griega y Latina (EAGLE, por sus siglas en inglés), que llevan más de diez años difundiendo este material entre los especialistas. En la actualidad, este corpus cuenta con más de 50.000 entradas, en las que, además de inscripciones, se incluyen otros ítems, especialmente imágenes. Este aumento de las fuentes ha venido a reforzar cierto optimismo en cuanto a las posibilidades de la investigación que el profesor Alföldy ha venido transmitiendo a sus colegas, discípulos y lectores.

Con esta dedicación hemos de relacionar un trabajo desarrollado a lo largo de los años que se ha dirigido a distintos ámbitos geográficos y temáticos del mundo romano. Así, ha apuntado al corazón del Imperio, a la propia Roma, donde, entre otras cosas, ha estudiado las inscripciones del entorno de los emperadores; ha atendido a la historia de territorios periféricos como el Nórico o la Panonia; ha analizado los pedestales de estatuas en diversas regiones del Imperio, etc. Sin embargo, nosotros, hoy y aquí, queremos destacar su estudio sobre las inscripciones hispanas (con su colección *Epigraphica hispanica*) y, muy especialmente, sobre las tarraconenses (con la referencial *Inscripciones romanas de Tarraco*, publicada en 1975). Gracias a estos epígrafes, ha podido abordar el estudio de diversas cuestiones sociales, desde la aristocracia al ejército, y también la estructura administrativa de Roma. Si en la ciudad de Roma pueden hallarse las inscripciones en que afloran las grandes familias senatoriales, en las de Tarraco se hacen presentes las familias de la aristocracia local,

algunas de largo recorrido; y en esos elementos, por supuesto, queda reflejada la vida administrativa de la Tarragona romana.

La vinculación del profesor Alföldy a la Tarragona romana es antigua y se ha prolongado a lo largo de su dilatada trayectoria investigadora. Ha recogido y analizado las inscripciones, y ha estudiado las gentes que habitaron la ciudad. Ha subrayado la importancia decisiva de Tarraco en el conjunto de Hispania, como punto de partida de la romanización, pero también como capital y como modelo de otras ciudades romanas en Occidente. Esta ejemplaridad se puede testimoniar en el terreno de la arqueología y de las fuentes escritas, como cuando los ciudadanos (dice Tácito en los *Annales*) solicitaron a Tiberio autorización para levantar un templo a Augusto un año después de su muerte y, así, generaron un modelo que seguirían otras ciudades. Aquella Tarraco era una ciudad dinámica en lo económico, pero también activa y, además, ágil en lo social, en la que se podían encontrar gentes venidas de la provincia y también de otros territorios hispanos, gálicos o más lejanos. Aquella ciudad, a diferencia de otras capitales hispanas, resultaba más abierta para las aristocracias procedentes del conjunto de la provincia.

El magisterio del profesor Alföldy se ha transmitido por medio de su obra, pero también mediante el contacto directo con un numeroso grupo de profesionales que vienen desarrollando estudios sobre la Antigüedad, con algunos de los cuales mantiene estrechos vínculos y comparte trabajos. Su preocupación se ha extendido también hacia el futuro de estos estudios e investigaciones. Asimismo, ha llamado la atención sobre la obligación de quienes pueblan —poblamos— ahora esta Tarragona, llena de restos, de mantener esos testimonios del pasado, de protegerlos y de estudiarlos para que cobren pleno significado.

La obra del profesor Alföldy, en última instancia, es una obra desde el despacho y el aula, sobre el terreno y, también, en el foro ciudadano.

Rector magnifice, professoris Geza Alföldy vitam et opera, ut potui, explanavi. Satis tamen videor dixisse, ut – ob magna eius merita – tua auctoritate ei praemia tribuantur. Rogo igitur, Rector magnifice, uti clarissimum professorem Geza Alföldy honoris causa doctorem creare et nostrorum Studiorum Universitati adnumerare digneris.